

Como cualquier persona



A veces ni hace falta estar recluido, para sentirse preso. La angustia y la sensación de enclaustramiento, en esas crisis suelen sentirse igual, estando libre o detenido. Buenos Aires atardecía en amarillo, durante ese otoño desabrido. Y aunque intento escaparme y caminar sin rumbo por sus calles, mientras sueño con vagar y escaparme por el mundo, todo me parece demasiado pequeño y asfixiante. Me siento prisionero en el espacio inmenso de la ciudad indiferente. Llorar no puedo y ni se, si es lo que realmente quiero.

Mi hija de dieciséis años, tiene cáncer y ya agoté todo lo que humanamente se podía hacer por ella. Los más afamados cirujanos, lo mejor de la quimioterapia y lo más avanzando en rayos, atendieron a mi pequeña Jennifer... y sumados a su enfermedad, me la transformaron en la pálida sombra de lo que ella fue.

Mientras espero en la larga fila del ascensor que me lleva hasta mi Servicio, en el quinto piso del Hospital donde trabajo como jefe médico, se me acerca una mucama que conozco desde hace muchos años y muy decidida, pidiéndome hablar en privado, me dice: - *Usted disculpe, doctor, pero... por lo de su hija... ya que usted hizo todo por ella ¿Por que no prueba con el Método Homeopático de la Energía Vital...?*

Aunque intenté ser amable y me despedí de ella con un cariñoso beso, me irritó por dentro, que una mucama insultase mi inteligencia, mi cargo y mi experiencia, con sus bien intencionadas inclinaciones curanderiles. Pavadas, supersticiones, habladerías, oscurantismo, pensamiento mágico, charlatanerismos y pretender que yo, tenga que rebajarme a hablar con esos eternos vendedores de ilusiones ¡Por favor...!

Jennifer es mi hija adoptiva. Su madre quedo viuda como yo y luego de algunos años de soledades paralelas, unimos nuestras vidas y proyectos. La niña de preciosos y alegres cuatro años, cuando comencé a convivir con ellas, me miró con sus enormes ojos azules, contemplando curiosa a su nuevo papá y derritiendo con su ternura el frío del primer encuentro, al convidarme con su multicolor paleta de caramelo.

- *“Ya que usted hizo de todo por ella ¿Por qué no prueba con el Método Homeopático de la Energía Vital...?”* - se repetía y repetía como un eco, en mi aturdida cabeza, tratando todo el día de apartarlo, como si se tratase de un moscardón zumbante - *“ya que usted hizo de todo por ella ¿Por que no prueba con el Método Homeopático de la Energía Vital...?”*

Mi esposa y mi pequeña niña, me habían mirado en silencio esa mañana, al despedirme. Salí con amargura y vacío, de mi casa. Y mientras trabajé atendiendo a mis pacientes, sentí el dolor de no haberle solucionado el problema a mi hija, de haberle fallado a todos y a mi mismo. Y todos, absolutamente todos los que se atrevían, ahora me hablaban de milagros...



Y, si... El milagro ¿Existe? ¿No existe? ¿Existe...? Me lo pregunta como un eco mi conciencia, curtida en tantos años de ejercer como Profesor Universitario... Y me respondo que si, que el milagro existe, sí. Lo he visto en tantas cosas, lo he visto en esos arbustos que crecen contra toda lógica, entre las grietas del hormigón armado de un edificio; lo he visto en esos perros abandonados que sobreviven a todo, cruzando calles y avenidas y alimentándose entre tarros de basura; lo he visto en esos niños de la calle, durmiendo entre cartones en pleno invierno, que un día se vuelven grandes y fundan su primer familia y son felices; lo he visto en aquellos que salvaron su vida, cuando una bala se detuvo milagrosamente en la moneda que guardaron en el bolsillo de su camisa... Pero más allá de ese tipo milagro, no he visto otra cosa, que no pueda explicarse por la lógica rigurosa de la ciencia.

Conocí de cerca lo que es sufrir una pérdida por tan maldita enfermedad, con mi primera mujer. Recuerdos de dolor que se fueron apagando con el tiempo y que presiento ahora, que reviven otra vez. ¿Perdido por perdido, todo vale? ¿Y mis convicciones? ¿Y mis alegatos en la cátedra contra el pensamiento mágico?

- “Y se habrá perdido todo, menos la esperanza...” - decía en una amarillenta página que guardo en mi escritorio, arrancada del libro de mi poeta preferido.

- *Hola, Jennifer ¿como estás, mi vida?... Hoy estuve pensando mucho en vos y en una señora que trabaja conmigo. Ella me sugirió un método de tratamiento homeopático...* - Hablamos y hablamos durante casi media hora por teléfono y convinimos, en que pasaría a buscarla.

Barrio arbolado, de casitas paquetas. Jardines pletóricos de verdes y de flores. Un jardinero nos saluda y una secretaria, nos recibe contagiándonos con su juvenil sonrisa. Una mujer embarazada, como un poema lleno de vida, aparece saliendo del consultorio de medicina alternativa. Sin embargo esta muy adelgazada, famélica, hasta el nivel de un esqueleto recubierto en una piel que pretende ocultarlo. Sin cabellos, pelada y mostrando la exacta anatomía de su castigada cabeza. Pero esbozando una sonrisa escuálida, inentendible, que sin embargo brota como una vida que se esparce y nos perfuma a todos. Triste consuelo el que sentimos Jennifer y yo al verla, comprobando que hay otros tan golpeados o peor aun, que nosotros.

No me siento realmente, en un consultorio médico. Me siento en un lugar confortable, como en el living de la casa de un amigo. Y lo primero que le preguntan a mi Jennifer, es como se siente. No le preguntan por su enfermedad, le preguntan por sus gustos de comidas, sus perfumes y su rutina de ejercicios físicos. Jennifer contesta con buen animo, abunda en detalles, responde a todo y se entusiasma. Media hora, una hora y sigue, sigue la conversación amena y con expectativas en aumento, mencionando al cáncer como una molestia y a los tratamientos, como estúpidos tóxicos que hay que eliminar del organismo. Jennifer ya no es un fracaso más... ahora es alguien con futuro.

Le hablan de cosas que siempre tilde de estupideces, pero que hoy necesito desesperadamente creerlas. Mi hija está contenta, hasta esboza una sonrisa de triunfo...



ellos no son realistas, pero *¡me la han hecho sonreír...!* - lo veo, lo gozo, me emociono y pienso - *¡cuánto hubiese pagado yo, para que algún médico lograra hacérmela sonreír...!*

Le hablan a Jennifer de vigor juvenil, de renovarse, de potencialidad creadora, de gozo sanador, de la realización de su propio yo y de la intemporalidad de la experiencia habitual, de la magia de la vida cotidiana... con palabras tan sencillas, que hasta la hacen sentir muy inteligente. Hablan y hablan y hasta parece que la invalidez de la ancianidad, la soledad de la senilidad, la crueldad de la enfermedad y hasta la misma muerte, no existiesen... o que fueran estupideces que inventamos nosotros, los fríos y aburridos galenos convencionales. Ellos no saben que soy médico...

¿Será que los seres humanos cuando enfermos, necesitan de ese toque mágico que los acompañe? ¿Será de canallas hacer brotar una última esperanza, en la maceta mustia del fracaso médico? ¿Será delito inyectarle un pronóstico esperanzador, a los enfermos desahuciados? ¿Se justificará el tiempo que he perdido, el dinero que he gastado o la decepción ineludible de su madre engañada, cuando se desencadene el final de esta aventura? ¿No será muy alto el precio a pagar, por tan falsa esperanza?

¿Donde habrán aprendido a engañar estos farsantes, que hasta yo me creo sus palabras? ¿Estarán mejor preparados para descubrir el engaño oculto en la palabrería de estos vendedores de ilusiones, intentando persuadirnos de imposibles, aquellos que han vivido también en la mentira? Siento mucha vergüenza, al ver como se destruye toda mi esforzada historia académica, pero se trata de mi hija y eso, creo que justifica todo. Por lo menos, ante mi...

Treinta frasquitos que encapsulan otras tantas ilusiones. Uno por día. Y hasta su costo elevado, resulta interesante y atrayente. Los miré uno por uno y detrás de sus vidrios de suave color caramelo, me parecen agua, vulgar e inocente agua cristalina... pero a Jennifer y a mí, nos hipnotizan con su toque de magia y de misterio. Y miré de reojo y con ternura, el júbilo que embargaba a mi pequeña flor enferma. Y suspiré...

Cuando salíamos, atardecía en la vieja y cansada Buenos Aires, proyectando su ocre anaranjado y sin forma, en las altas y desgastadas figuras de los grises edificios que se veían a lo lejos. La noche, últimamente me angustiaba y era cuando buscaba de mil formas, dilatar el momento de ir a la cama y tener que enfrentarme a mis sueños, pesadillas y vigiliadas delirantes...

Entramos con Jennifer a un pequeño bar de barrio, de mesas y de sillas viejas, de barra desgastada por las décadas, de único mozo de chaqueta gastada por el uso, de almanaques amarillentos, de viejas fotos de tangueros y glorias futbolísticas colgando en la pared, pero de una desbordante familiaridad que nos invitaba a hablar en intimidad y confianza, mientras Gardel seguía cantando feliz en una vieja radio RCA Víctor.

Y estuvimos conversando de cosas muy profundas, de su madre, de mí, de ella, de sus alegrías y de sus miedos más profundos... Y me contó que el momento más hermoso que



recordaba de su infancia, era el de una noche regresando a casa en mi auto, cuando brillaban las luciérnagas en un descampado y nos bajamos a cazarlas y guardarlas en un frasco. Me contó que esa noche, no pudo dormir de tanta emoción y que agradeció al cielo, tener un papá tan bueno... y pensar que yo a eso, jamás lo supe y ni siquiera recordaba el episodio.

Muchos de mis colegas médicos, creen que los que trabajan en la medicina alternativa son excelentes psicoterapeutas... Y yo empezaba a comprobarlo.

- Me matara el cáncer, pero la pelea que pienso darle, va a ser pareja ¿Y sabés una cosa, papá? hablando con esta gente, por fin entendí que no soy la culpable de tener un cáncer, que no fue mi forma de ser lo que me llevó a padecer esta maldita enfermedad. No sabés qué alivio siento, papito... - me hablaba con una sorprendente madurez que yo, desconocía - el cáncer es una experiencia interesante, que no te define si sabes defenderte. Define si, a nuestra sociedad, incapaz de encarar la muerte, de elaborar la angustia y de cesar de una vez por todas, con su negligencias crueles.

Me quedé callado, escuchándola absorto. Ahora entiendo de qué se trata todo esto. Medicina alternativa es darle al enfermo esa medicina mágica que nosotros los médicos, no le damos y perdimos hace mucho, en el largo camino de la historia. Es reconocer que el cáncer ha avanzado y que sin embargo, los que te tienen que atender, no te pondrán cara de que no hay nada más que hacer. Es reconocer que se ha hecho todo y que sin embargo, no te pondrán "cara de cuidados paliativos" y te obligaran a darte cuenta que a tu ser querido, lo van a llenar de sedantes y calmantes. Es sembrar una esperanza, donde la medicina ha rotundamente fracasado.

Yo la miraba sorprendido, embelesado de su discurso tan inteligente y ella me resumió con sus palabras, lo que yo no lograba expresar - *La medicina tuya, papi, sentí que me disgregaba como ser viviente. Era sentirme un antes y un después, entre un yo sano y un yo enfermo. Pero de este Centro de Homeopatía, salí con respeto por mi misma, salí con una ilusión y con una esperanza que no tenía y que anhelaba...*

Aun no había tomado la medicina y ya, estaba mejor. Hasta la madre se dio cuenta ¿Cuanto durará...? No lo sé. Pero haberla recuperado de ese modo, verla moverse tan feliz en ese mundo mágico, a mí me dio un respiro, una gota de alegría y hasta me devolvió esa sonrisa que extrañaba... ¿Puedo pedir más...? Creo que no. Y sobre todo, siento que por fin dejé de ser un médico impotente. Ahora solo soy el familiar esperanzado de una paciente, que quiere luchar hasta que alguien, diga basta. Ahora puedo sufrir y gozar, en libertad y en paz. Me preparo, para lo que sea... Como cualquier persona.

Y esa noche, antes de dormirme, mi esposa me abrazó con dulzura y me llenó de besos, mientras me decía al oído:



- *Gracias, mi amor... Tenía miedo a que te opusieras a esa medicina alternativa, para Jennifer.*
- *¿Por qué...? - le respondo.*
- *Porque ustedes los médicos, son muy antihumanos...*

fin